

PREGUNTARÁN POR TU ALMA. DOS PROSAS DE CECÍLIA MEIRELES

Selección, presentación y traducción de Manuel Barrós*

Pontificia Universidad Católica del Perú

mbarrosa@gmail.com

RESUMEN: En el presente artículo, presento y traduzco dos prosas poéticas de Cecília Meireles que forman parte del libro *Episódio humano* (2007): “Debajo de la noche y delante del mar” y “La marcha inexorable”. Ambas fueron elegidas porque son buenos ejemplos del ideario estético de la autora en un temprano momento de su producción poética entre 1929 y 1930. Al publicar esta selección, sigo difundiendo la obra de Meireles y amplío el panorama que de la poesía brasileña se tiene en el Perú y en Latinoamérica.

Palabras clave: Cecília Meireles - Literatura brasileña - Poesía brasileña - Traducción peruana

They’ll ask for your soul. Cecília Meireles’ two proses

ABSTRACT: In this paper, I introduce and translate Cecília Meireles’ two poetic proses from the book *Episódio humano* [*Human episode*] (2007): “Debajo de la noche y delante del mar” [Under the night and before the sea] and “La marcha inexorable” [The inevitable march]. These proses were selected because they are good examples of the aesthetics ideas of the author in an early moment of her poetic production between 1929 and 1930. Publishing my selection, I keep spreading Meireles’ work and increase the scene of Brazilian poetry in Peru and in Latin America.

Key words: Cecília Meireles - Brazilian literature - Brazilian poetry - Peruvian translation

* Lima, 1993. Sociólogo, investigador y traductor. Licenciado en sociología por la PUCP (Pontificia Universidad Católica del Perú). Ha publicado la traducción *Doze noturnos da Holanda / Doce nocturnos de Holanda* (Ediciones Andesgrund, 2016; 2018) de Cecília Meireles en Santiago de Chile, además de versiones al español de distintos escritores y poetas en revistas. Contacto: mbarrosa@gmail.com.

Perguntarão pela tua alma.
Cecília Meireles. *Cânticos* (1927)

Esta publicación da a conocer mi versión de dos prosas de Cecília Meireles (1901-1964) que pertenecen a *Episódio humano* (2007)¹, libro que recoge todas las que la autora publicó entre 1929 y 1930 en el periódico *O Jornal*, de Rio de Janeiro. Quien se acerque a ellas advertirá el singular horizonte poético que Meireles cultivaba entonces, mucho antes de los poemarios que la darían a conocer como una de las voces más importantes de la lírica brasileña: *Viagem* (1939), *Doze noturnos da Holanda* (1952) o *Solombra* (1963).

Anteriormente, publiqué cinco prosas² de *Episódio humano*. Continuando con la difusión de la poesía de Meireles, la presente selección vuelve sobre los temas fundamentales de la autora con la fragilidad y la elocuencia que caracterizan los textos de dicho libro. Así, el amor, la desesperanza, el delirio o la contemplación de la naturaleza esbozan paisajes líricos con la sutileza y finura que demandan una atenta lectura. De ahí que, como traductor, haya procurado mantener la eufonía original y que, en contadas ocasiones, haya recreado la sintaxis para darle giros personales al texto en español.

Finalmente, esta traducción forma parte de la historia de las traducciones que los peruanos hemos venido haciendo de la obra de Cecília Meireles desde 1930 hasta la actualidad. En un estudio de próxima aparición, daré a conocer dicha historia que muestra cómo se ha difundido la obra en verso y en prosa de la autora en el Perú y en algunos países de Latinoamérica. Por el momento, bastará anotar que, entre sus traductores peruanos más importantes, se encuentran Enrique Bustamante y Ballivián, Alberto Guillén, Luis Fabio Xammar, Yolanda Rivarola, Nelly Fonseca Recavarren, Ricardo Silva-Santisteban y Óscar Limache.

¹ Meireles, Cecília (2007). *Episódio humano*. Rio de Janeiro: Desiderata; Batel.

² Barrós, Manuel (2018). “Debajo de tanto cielo: cinco prosas de Cecília Meireles”. *Lucerna. Revista de literatura*, Año 7, N° 11, noviembre (2018), pp. 50-61.

Transversal – Revista em Tradução, Fortaleza, v.6, n.10, p.65-70, 2020.

Debajo de la noche y delante del mar

En el principio era así: ese mismo sopor, uniforme y confuso, con todos los suspiros de las vidas profundas reunidos en el mismo silencio complejo. Era entonces como tú, oh mar, una fronda negra, balanceando su extenso sueño, y moldeando en las espumas fugitivas aves blancas...

El movimiento de cada ola ya era insensible, como el de la sangre en las venas. El cielo compacto cercaba todas las distancias, volvía inútiles todos los deseos, rompía todos los albedríos.

Nada más que dormir. Nada más. Ni los ríos sorbidos traerían reflejos de las márgenes dejadas, para que esta quietud no se perturbara con recuerdos ni la sugestión de las tierras distantes dejara sabor de nostalgia en la indiferencia de la soledad.

El cielo reverberando hería. Es necesario no reflexionar. ¿No lo sabes bien, qué es lo necesario? Estrellas y lunas caminando todas las noches... ¿Para qué? ¿Desde cuándo? ¿Hasta dónde? Y esta pasividad de imprimir en las pupilas de la ignorancia el misterio continuado...

Pero, siquiera, estar contenido en los brazos duros de las playas; tener grandes piedras imperturbables haciendo imposible cualquier evasión, sentirse preso en sí mismo; sentir, de alguna manera, la inmortalidad, en la definición muy nítida de su existencia.

En el principio era así, realmente. Pero hubo un golpe súbito. Nuestro destino está hecho de las más frágiles sustancias. Estamos a merced de las horas bruscas. Somos grandes estatuas de ceniza: como las rosas totalmente maduras, dependemos del más tenue vestigio de viento, de la más sutil inquietud de deseo.

Escuché mi corazón, profundo, sofocado, con el mismo sonido siniestro de un puño cerrado que estrella la alta noche en un muro. Aún estoy indagando en este llamado o en esta pregunta. Pero solo siento pasos huyendo y voces deshaciéndose como el agua derramada de los sueños que se recuerdan pero no se remiendan.

Todo lo que observo corre hacia lo lejos; es un ovillo rodando. Y un camino en esta sombría aventura sobre un imperceptible hilo. Voy andando. Parece que estoy en lo alto del tiempo. ¡Se ven las cosas tan borrosas, con tan poco prestigio, con tan poco valor! Relieves y colores murieron. Puede que todavía alguien diga palabras muy elocuentes. Pero desciende sobre todas las planicies una lluvia de absoluto olvido. Sabemos bien que no es más necesario oír.

Y, concluidos los mensajes, no se comprende cómo aún permanece esta sensación de dualidad de más acá y de más allá, de uno y de otro, de aquel que interroga y de aquel que no responde. ¿Por qué no es solo uno solo? ¿Por qué?

No era necesario ser más de uno. No era necesario ser, siquiera. ¡Pero el prodigio se desdobló tanto! Se confundieron todas las apariencias. Se multiplicaron los engaños como peces en mares fecundos. Nos urdieron el sufrimiento como un traje. Y somos tan miserables que no tenemos coraje para despojarlo.

No era más así, oh mar, ese vivir pacífico, entre las noches y los días. Las rocas se quebraban, abriendo puertas de par en par y por completo. Tus aguas también se habrían precipitado en todas las direcciones. Sí, lo habrían hecho. Pero no sabes de nuestro tristísimo contraste.

Tus olas están presas en ti como hojas en las ramas. Puedes extender los brazos a lo lejos, palpar las arenas y las piedras, golpear en las montañas, hasta asir y traer habitantes de la tierra a los transparentes países que existen dentro de ti...

Conoces el secreto del retorno. Puedes ensayar todas las fugas de ti mismo, ya que después recaerás en tu forma, ola por ola, yuxtapuesto en una completa cohesión.

¿Pero yo? Fui a lo lejos, a lo lejos, a lo lejos. No puedo decirte dónde estuve. Hay hechos que no se enumeran, lugares que no se describen, sentidos que las palabras no pueden vestir.

Imagina un camino rectilíneo que no acaba nunca. Podrías extender por él toda tu agua reducida a gotas. Y aun así no lo habrías recorrido... Yo estuve en él y te digo que no termina.

Pero tú podrías caminar hacia atrás, nuevamente, y estarías intacto, en la cantidad de tus olas. Yo, desgraciadamente, no.

Estoy en este punto distante, desde donde veo mal los lugares antiguos y desde donde nada puedo ver de los que acaso estén más allá de mí. Continuar no es más mi destino, hacia cualquiera de los lados. No me es posible prolongar esta inquietud más allá del designio que la obstruye: siento que el imposible bien es, también, regresar para vivir de nuevo en mi destino anterior.

No se recuperan las almas perdidas, ¡oh mar! Nunca más nadie puede ser como ya fue... Se puede acaso ser menos y, entonces, caber en los antiguos abismos sintiendo la tristeza de las paredes desvestidas por la existencia que se aminora.

Pero también se puede ser más... Y es un sufrimiento transbordar... Es un sufrimiento no tener más dónde acoger la vida que se extendió... ¡Mar! Soy mucho más que yo misma... No me basta para guarecerme, no puedo más contenerme... En un mundo en el que todas las cosas tienen su habitación, únicamente yo estoy, como las nubes y el viento, sin anclarme, y encima del mundo...

Y encima del mundo... Encima... No lo sé... La distancia me da ilusiones de altura. Un día, también, tomé la decisión definitiva de volver. Pero sentí que me desgarraba como un ave muerta en los aires. Me atonté... Seguí en este mismo lugar, pero había vivido mi caída y mi muerte...

Por eso, me parece que la vida antigua está allá abajo. Por eso, oh mar, es que te hablo así...

La marcha inexorable

La mañana fulgurante y nítida, con frágiles nubes cuajadas en la luz del sol, con brillos de vidrio en el follaje que verdea, está pidiéndole a mis ojos que sigan sorbiendo su vasto esplendor. Y yo siento la delicia de los colores equilibrando su armonía; siento la extensa atracción de las indolentes florestas y de los mares sonámbulos donde en vastas quietudes contemplativas se percibe el resbalar de la vida breve sobre el tiempo inalterable.

¡Sería tan fácil reclinar el espíritu en el límpido paisaje, aspirándolo mientras deambulo, en la semimuerte de quien se abandona sumiso a los espectáculos de un sueño extraordinario! ¿Para qué proseguir? Este es el lugar de la ventura. Pero se oye un diálogo de certezas misteriosas: “Nunca más has de tener otro día como este. Es una porción de alegría que estás perdiendo para siempre”. Y la otra certeza, mucho mayor, responde: “No me hace ningún mal. Es necesario seguir. La razón del destino se halla más lejos”.

Voy andando por la frescura del día naciente. Se seca al sol el tierno aroma del rocío con el que la noche había florecido el suelo. La música de las aves, clara y espontánea, abre trémulos surcos de oro entre las ramas verdes. El arroyo corre desplegando luz en las aguas. Y las flores, oscilando en el aire, terminan de completar su forma, trayendo a la superficie del mundo la intención que las concibió en la entraña remota del suelo.

El camino es extenso y sin cuerpos humanos. Todo tiene una sublimación milagrosa que casi deja ver el íntimo aliento de las cosas, sosteniéndolas en la vida. Se descubre la complexión de cada aspecto. Se sienten los colores gestándose con la luz. Se percibe casi la savia que recorre los tallos. Se ve el esfuerzo de la tierra transformándose en aroma para perderse en el viento.

Sin embargo, permanecerán atrás los escenarios deslumbrantes. Es necesario bajar por las calles sombrías, donde las casas se acumulan destruyendo el horizonte, limitando el gesto de nuestros brazos, obstruyendo el camino de nuestra voz. Los cielos aparecerán cubiertos de humo, y su luz caerá tristemente hecha pedazos, por míseros desvanes.

“¿Por qué es necesario ir por aquí?” La certeza es obstinada y silenciosa. No explica. Impele.

Surgirán los cuerpos cansados de los hombres estrujados en esos estrechos pasajes. ¡Pensar que existe quien nunca sintió la vastedad de las madrugadas sobre la tierra desnuda! Quien no conoce la divina belleza del paisaje surgiendo de la noche, maternalmente, con todas las vidas acumuladas en su regazo. Y esa profunda simplicidad de las existencias reunidas en un momento común, y el sabio silencio que las condena, grandiosamente pacificadas.

Aquí yo podría cantar una canción vehemente, con el ritmo agreste de las ramas y el color del sol sobre las flores:

“Tengo estas amplias maneras, y los gestos desmedidos y el habla audaz porque viví delante de enormes espacios, viendo nacer libremente del mundo eterno todas las formas variadas de la creación.

“No te asustes con mi voz, ni preguntes: ‘¿Quién viene a hablar con tamaña violencia entre los hombres que solo murmuran sus tímidos pensamientos?’ Soy yo quien habla así. ¡Así hablaban las ráfagas del viento, que transitó conmigo por los agrios caminos, rompiéndose por los árboles, quebrándose por las piedras, lanzándose por sobre la tierra hasta el fin de su destino!

“Seguí siendo el reflejo de las viejas imágenes circundantes. Tengo este deseo de claridad sin mácula como una nostalgia que vengo trayendo de auroras dejadas atrás. En cada palabra que digo arrastro vestigios de la música de mi origen.

“Te digo que existe un lugar en el que la vida puede deslumbrarse de sol, de viento, de agua; todas las cosas que caminan hacia lo lejos, rápidas y radiantemente. Mi canción es como un

vino férvido de ejemplos. Por donde quiera que transborde deja ese gusto de magia que es un poco menos que dolor y mucho más que melancolía”.

¿Pero quién escuchará la canción transitoria? Todos van siendo llevados, también, por el diálogo de sus certezas. Y, aunque hubiera una voz para clamar en medio de la sombra: “¡Quédate entre nosotros para siempre!”, la respuesta amarga se elevaría, grave e inflexible: “Debemos ir siempre andando. Vamos hacia lo lejos”.

Y la marcha continúa. ¿Hacia dónde? ¡Oh! ¡Hacia dónde! ¿Qué es aquello que sabe hacia dónde va? Docilidad de hoja al viento. Como lo ordena esta certeza interior, que no sabe nada más sino que aún no es tiempo de parar.

Y todo se cubre de noche. Se sucede. Se recuerda. ¿Dónde quedó la belleza que nuestros ojos no quisieron fruir, que nuestras manos se abstuvieron de tocar? La quisimos transmitir íntegra y perfecta como una dádiva. A la hora de nuestra oferta no se halló nadie para recibirla.

“¡Hacia lo lejos, pensamiento!” Y rápidamente se secan las lágrimas que iban a bajar de los ojos. Y se cierra en la boca el sollozo, como un secreto.